

# MUSICA COLONIAL VENEZOLANA

p o r

*José Antonio Calcaño*

Si aportamos la música popular, a la cual no nos referimos ahora, la primera noticia que tenemos acerca de la música en Venezuela se remonta al año de 1591, cuando Caracas tenía 14 años de fundada. Para esa época tocaba el órgano en la iglesia mayor Melchor Quintela. Fue luego, el 2 de abril de 1640, cuando el Cabildo Metropolitano fundó una escuela de canto llano, donde podían aprender los rudimentos de la música no sólo las personas al servicio de la iglesia, sino todo aquel que quisiera hacerlo. Para 1657 contaba la Catedral, además del organista, con seis capellanes de coro y un bajonista. El organista se llamaba Blas de León. La música de la Catedral siguió creciendo hasta el punto de que en 1671 fue creado el cargo de Maestro de Capilla y se designó para desempeñarlo al Padre Gonzalo Cordero.

Muy lejos de Caracas, en la misión de Píritu, a cargo de los capuchinos recoletos, figuraba Fray Diego de los Ríos, de la provincia de la Concepción de Castilla la Vieja. Este fraile, autorizado por su superior, que lo era Fray Francisco Gómez Laruel o Laurel, procedió a fundar no muy lejos de Píritu una nueva población con indios caribes, a la cual dio el nombre de San Miguel de los Araguaneyes. Fray Diego con ayuda de los indios construyó la iglesia y la llenó de pinturas, porque el buen fraile era artista, y sus cuadros maravillaron a todo español o indio que los pudo ver. Pero Fray Diego era algo más: era músico y era compositor. Al poco tiempo de fundado el pueblo, los indiecitos de San Miguel eran los mejores cantores de aquellos parajes. Cantaban las misas en latín con tal justeza y expresión que despertaron la admiración de todos los frailes. Y hubo algo más: Fray Diego compuso motetes y villancicos con letras caribe, que llegaron a ser deleite especial de moradores y transeúntes, con lo que San Miguel de los Araguaneyes llegó a ser por aquel tiempo la cuna y el centro de músicas nuevas.

Estas obras de Fray Diego de los Ríos, de las cuales ninguna se conserva, fueron tal vez las primeras piezas musicales compuestas en Venezuela. Fray Diego falleció en el convento principal de su Orden, en Caracas, en el año 1670.

Por estos años, ya existían instrumentos musicales en varios hogares caraqueños. Hay noticias de que antes de 1669 el capitán Don Francisco Mijares de Solórzano tenía "un clave grande" en su casa.

El primer nombre importante que aparece en la historia musical de Venezuela es el de Francisco Pérez Camacho, nacido en 1659 en el Valle del Totumo, de la ciudad del Tocuyo, que por entonces quedaba dentro de la provincia de Caracas. En 1674 llegó Pérez Camacho a la capital. Cuando era Maestro de Capilla de la Catedral el padre Fray Buenaventura de los Angeles, entró Pérez Camacho a desempeñar allí el cargo de bajonista. Prosiguió de manera constante sus estudios musicales con los diversos Maestros de Capilla que se sucedieron en la Catedral, mientras seguía sus estudios de Artes y Filosofía con aquel admirable maestro que fue Don Juan Fernández Ortiz.

Tanto se distinguió Pérez Camacho en la música y en sus estudios sagrados, que en 1687 fue nombrado Maestro de Capilla de la Metropolitana. Cuando quedó consolidada la fundación del Seminario, en 1698, Pérez Camacho fue nombrado Maestro de Música, y año más tarde, al fundarse la Real y Pontificia Universidad de Caracas, desempeñó la cátedra de música.

Don Francisco Pérez Camacho desempeñó la docencia desde 1682 hasta 1725, o sea, 43 años dedicado a la música. Esto hace de él un personaje verdaderamente eminente en su campo de acción, y el más valioso que hasta su tiempo hubiera actuado en Caracas.

En todo ese tiempo fueron muchos los discípulos que tuvo, algunos de cuyos nombres se conocen, y es evidente que a su fallecimiento existía en la capital un grupo de músicos, o mejor o peor preparados, con mucho o poco talento, pero que distaban bastante de los de aquellos tiempos en que Melchor Quintela, cien años antes, tocaba el órgano en la primitiva iglesia de Santiago de León, ante el asombro lleno de curiosidad de chicos y adultos.

El 11 de diciembre de 1721 nació en Caracas Don Ambrosio Carreño, y el 8 de septiembre de 1726 nació su hermano Adrián Alejandro, a quien llamaron luego Alejandro, prescindiendo del Adrián. Ambos hermanos fueron los primeros Careño entre los muchos músicos de este apellido que figuran en la historia venezolana. De Don Alejandro se dice que fue el bisabuelo de Teresa Carreño. Larga e importante actuación tuvieron los dos hermanos en la capilla musical de la Catedral. Don Ambrosio fue el maestro de música de Don Bartolomé Bello, padre de Don Andrés. Don Bartolomé Bello, licenciado en Derecho, fue durante muchos años cantor de la Catedral y más tarde fiscal de la Real Hacienda. Fue compositor de muy regulares méritos y de él se cantaba, hasta no hace muchos años, una famosa misa llamada la Misa del Fiscal.

A mediados del siglo XVIII fue fundada en Caracas la primera orques-

ta de conciertos, llamada La Filarmónica, de cuya actuación hay algunos testimonios, en especial de los conciertos que ejecutó en 1766, el día 20 de agosto, durante las festividades con que fueron celebradas en Caracas las bodas del Príncipe de Asturias.

Para 1779 había en Caracas un pequeño grupo de compositores cuyas obras se conservan y ejecutan hoy. Parece que el más viejo de ellos era José Antonio Caro de Boesi, nacido a mediados del siglo en la población de Chacao, y fusilado en 1814 por las tropas realistas de Boves. Su hermano Juan José Caro era también compositor y existen hoy composiciones suyas. A los hermanos Caro de Boesi hay que agregar el nombre de Pedro Nolasco Colón, natural de Valencia, en Venezuela, de quien se conservan dos obras: "Quolis ets" y el "Pesame a la Virgen". Otro compositor de este grupo, de quien se conservan numerosas composiciones es José Francisco Velásquez. El más ilustre y talentoso de este pequeño grupo fue Juan Manuel Olivares, nacido en Caracas el 12 de abril de 1760 y fallecido el primero de marzo de 1797, cuando apenas llegaba a contar 37 años. Olivares, cuyas composiciones nos lo presentan como un músico cabal, con amplio dominio de la armonía, del contrapunto, de la forma musical y de la instrumentación, tenía vocación y aptitudes especiales para la enseñanza, fue el maestro de un grupo muy numeroso de compositores, que son los que conocemos en la historia musical de Venezuela con el nombre de la Escuela de Chacao o Escuela del Padre Sojo.

Antes de tratar de esta escuela, es bueno señalar que además de los cinco compositores ya nombrados, existió otro autor, compañero de aquellos, de apellido, Gamarra, de quien tenemos pocas noticias y cuyas obras se han perdido.

Fue a mediados de la segunda mitad del siglo XVIII cuando comenzó a figurar el padre don Pedro Palacio y Sojo, a quien se conoce ordinariamente como el Padre Sojo, quien era hermano de Don Feliciano Palacio y Sojo, abuelo materno de Simón Bolívar.

Nació el Padre Sojo en una hacienda cercana a la población de Guatire, no muy lejos de Caracas, el sábado 17 de enero de 1739. Fue cultivador de la música desde temprana edad. Recibió la ordenación sacerdotal en 1762 y resolvió fundar en Caracas la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri. Con este propósito embarcó para Europa en abril de 1769 y paso algún tiempo en España e Italia. A su regreso prosiguió la obra de la construcción de los edificios de la Congregación, a la vez que se iba preparando para realizar uno de sus principales empeños, que era la fundación de una Academia de Música. Esta comenzó a funcionar alrededor del año de 1784, y su director y maestro fue Juan

Manuel Olivares. Esta Academia estuvo funcionando hasta la muerte del Padre Sojo en 1799. El resultado de las labores de la Escuela del Padre Sojo fue la formación de unos treinta compositores, muchas de cuyas obras se conservan hoy, y tal vez unos doscientos ejecutantes y profesores, lo que llega a constituir un hecho verdaderamente fenomenal en una pequeña ciudad como lo era Caracas, cuya población sería en aquellos tiempos como de 40.000 habitantes. Es esto lo que algunos escritores venezolanos de hoy han llamado "el milagro musical". Casi íntegramente la actividad creadora de los tiempos coloniales se encaminó aquí hacia la música; dejando un campo mucho menor para la pintura y la literatura.

En la Academia del Padre Sojo, bajo la dirección de Juan Manuel Olivares, se formó la más importante de las generaciones de compositores venezolanos. Imposible sería tratar en este artículo acerca de todos ellos. Mencionaremos sólo los más importantes.

José Angel Lamas, considerado, acaso con razón, como la figura más sobresaliente de la vieja historia musical venezolana, nació en Caracas el 2 de agosto de 1775 y falleció en la misma ciudad el 10 de diciembre de 1814, a los 39 años de edad. Su producción es la más abundante de aquellos tiempos, y en ella se destacan su admirable Misa en Re y su *Popule Meus*; sin embargo, el resto de sus obras no es menos interesante. Lamas fue bajonista de la Catedral durante casi toda su vida.

Cayetano Carreño (7 de agosto de 1766-4 de marzo de 1836), caraqueño, uno de los nombres más prestigiosos de su época, abuelo de Teresa Carreño, durante casi toda su vida fue Maestro de Capilla de la Catedral. Tenía muy vastos conocimientos y extensa ilustración. Su hermano, Don Simón Carreño, más conocido en la historia como Simón Rodríguez, hombre de agudo ingenio y de enciclopédica cultura, fue el preceptor de Simón Bolívar, y en la casa de Cayetano Carreño vivió como alumno interno de Don Simón Rodríguez, el Libertador cuando era adolescente. Don Cayetano dejó muchísimas composiciones bastante interesantes, entre las que descuella su "Oración en el Huerto". Tres de sus hijos fueron también compositores, y uno de ellos, Manuel Antonio, autor de un conocido Manual de Urbanidad, y padre de Teresa Carreño, fue maestro de piano durante varios años en París, donde una lápida puesta por los músicos franceses, recuerda su labor docente en la casa que allí habitó.

Juan Meserón, tenido por el mejor flautista venezolano de su tiempo fue otro de estos compositores que logró destacarse. Fue buen director de orquesta y es autor del primer libro de texto de enseñanza musical

publicado en Caracas: "Explicación y Conocimientos de los Principios Generales de la Música", impreso en 1824.

Atanasio Bello Montero, compositor y director de orquesta fue otro fecundo compositor de aquellos tiempos. Introdujo en la vieja orquesta colonial algunos instrumentos no comunes en la Caracas de entonces, y realizó también una valiosa obra en el campo de la enseñanza.

Lino Gallardo, posiblemente el autor del Himno Nacional venezolano, fue otro de los alumnos del Padre Sojo y fue el fundador de la primera Sociedad de Conciertos que funcionó regularmente en Caracas, a partir de 1819.

Juan José Landaeta, caraqueño (1780-1814) a quien ordinariamente se tiene como autor del Himno Nacional, paternidad éste algo dudosa, fue otro compositor interesante y realizó una activa labor pública. Fue director de orquesta de la primera compañía de ópera que actuó en Caracas, en 1808 y organizó una larga serie de conciertos a partir de 1812.

José María Izaza, Manuel Peña Alba y José María Montero, fundador éste de la larga línea de Montero músicos del siglo XIX, son otros alumnos de la Academia de Sojo que merecen nombrarse.

Pero en los últimos tiempos de la Colonia aparecieron otros compositores independientes del grupo del Padre Sojo, entre los que hay algunos muy importantes. Muy brevemente pondremos aquí los nombres de los más conocidos: Lucio Alba, Sebastián Lozano, Casimiro Arias, José María Mendible, Mateo Villalobos, Narciso Lauro, José Rodríguez y Francisco Javier Ustáriz.

El 19 de abril de 1811, en las festividades de la celebración del primer aniversario del primer grito de independiencia, tocaron en las iglesias de Caracas cinco orquestas de más de veinte músicos cada una.

En general, la música colonial venezolana revela en sus autores una preparación bastante completa. La armonía, el contrapunto, la forma musical, la instrumentación, son de alta calidad. La expresión es bastante interesante y posee un sentimiento discreto y bien expuesto. Como todas son obras religiosas (a excepción de las canciones patrióticas) no se encuentran en ellas elementos folklóricos, pero sí hay una manera de sentir algo, característica que las hace inconfundibles, a pesar de que se observa en ellas la influencia de los maestros europeos que les eran más familiares: Mozart, Haydn, Pergolesi, etc.

De la música de cámara, que se ejecutaba con la mayor frecuencia, sólo se conserva una obra venezolana: el "Dúo de violines" de Juan Manuel Olivares, que es una preciosa joya dieciochesca. De Juan Meserón se conservan varias "Sinfonías", Oberturas, casi todas anteriores a

1810. Las orquestas de nuestros viejos autores estaban ordinariamente constituidas por el grupo de cuerdas, dos oboes y dos trompas. Algunas veces figuraban dos flautas en lugar de los dos oboes. A estos instrumentos fueron agregándoseles desde los primeros años del xix algunos otros: clarines, clarinetes, etc.

La guerra de la Independencia dispersó el grupo; muchos de ellos perecieron en la contienda y la revolución ideológica transtornó la orientación artística de algunos de los sobrevivientes.

Con las huestes del Libertador, cruzaron los Andes algunos de nuestros músicos: José de Austria y Nicolás Quevedo Rachadell, quienes llevaron a Bogotá la música de cámara y la ópera, habiendo sido Quevedo el fundador de la primera sinfonía bogotana y de su primer Conservatorio de Música.